

# *Peleanos o negociamos*

Guía para padres y  
madres de adolescentes

Silvio Gutman y  
Betina Lubochiner  
Prólogo de Carmen Amoraga



Andana  
editorial



# índice

<b>Prólogo</b> .....	<b>9</b>
<b>Introducción</b> .....	<b>15</b>
Nuestra mirada personal .....	17
<b>Capítulo primero</b> .....	<b>21</b>
Pero, entonces, ¿no sigue siendo un bebé toda la vida? .....	23
<b>Capítulo segundo</b> .....	<b>59</b>
Descubriendo al desconocido .....	39
¿Un alien en casa? .....	42
Explicando el síndrome .....	44
La adolescencia no es una enfermedad .....	46
Reflexionemos juntos .....	49
<b>Capítulo tercero</b> .....	<b>55</b>
Ayudándoles a ser adultos .....	57

Noticia de última hora: ¡Nuestra función como padres no se ha acabado! .....	58
Quejándonosdenuestroshijos.com .....	60
Al don, al don, al don Pirulero, cada cual, cada cual atiende su juego... ..	67
...Y el que no, y el que no, una prenda tendrá .....	68
Pero ¿cómo lo hago? .....	69
Todos queremos ser buenos padres .....	70
¡Vamos, vamos, solo un pasito más! .....	72
<b>Capítulo cuarto .....</b>	<b>75</b>
Nuestros locos, no tan bajitos... ..	77
Los guardaespaldas .....	80
Pasemos de nuevo a... la lista del terror .....	81
Las aventuras de Tom y Jerry .....	86
Observando la acera de enfrente .....	88
¡Todo lo tuyo es mío y todo lo mío también! .....	89
¿Dónde estaba el perro del hortelano? .....	90
<b>Capítulo quinto .....</b>	<b>93</b>
¿Pelemos o negociamos? .....	95
¡No sin vosotros! .....	96
¿Quién es? Soy yo. ¿Qué vienes a buscar?	
¡A ti! .....	99
Ser firmes .....	104
Para finalizar, recordemos juntos .....	108



# Prólogo

Estas Navidades llevé a mi hija al circo por primera vez. Tiene cuatro años y nunca habíamos ido antes porque los payasos le daban miedo. Ese mismo día, antes de salir, su padre y yo le pusimos en el ordenador uno de esos vídeos que encuentras en Internet y que puedes manipular para que el mismísimo Papá Noel, desde Laponia, se dirija a ella por su nombre, le pregunte cómo está, le diga que sabe de ella todo el año, la anime a terminarse toda la comida del plato y le confiese lo orgulloso que está de ella porque siempre hace caso a sus papás. Se pasó todo el camino al circo hablando de Papá Noel, recordando la conversación, asegurándonos que, como era tan buena y él lo sabía porque se lo había dicho, tendría todos los regalos que había pedido. ¿Verdad, papá? Pues claro, hija. ¿Verdad, mamá? Por supuesto, hija.

Llegamos al circo. Empezó la función. Comenzaron los tigres, siguió una actuación de gauchos argentinos y a continuación, un ballet ruso. Y de repente, salieron los payasos. Mi hija se rio con todas y cada una de las gracias del trío, un padre y sus dos hijos, y para cuando la gala vino a terminar, dos horas después, había caído rendida de amor por el payaso más joven. Peter, se hacía llamar. Con las luces apagadas, mientras salíamos de la carpa, se abrazaba a su padre y sollozaba: «Peter, Peter, yo quiero a Peter». Lloraba lágrimas de verdad, sentidas y abundantes, y por más que la llevamos a un parque de bolas, que salimos a cenar a su restaurante favorito, que le insistimos en que en esta vida aún tendría que conocer a muchos payasos, su llanto no encontró consuelo. Al llegar a casa me preguntó si no tendría una foto suya (bendita inocencia, la de los cuatro

años, que hace que los hijos piensen que los padres somos capaces de conseguirlo todo) y cuando se la di (tras sacarla de Internet), se durmió abrazada a su amor. Al día siguiente, de ese amor apenas quedaban restos. En ella. En mí, sí. Se preguntarán por qué. Porque lo que le dije era cierto: conocerá a muchos payasos en su vida. A muchas personas, hombres y mujeres, que valgan la pena, también, y mientras ella jugaba con sus juguetes de siempre, olvidado ya el drama de la noche anterior, yo me pregunté si sabría estar a la altura, no de lo que mi hija espera de mí, sino de lo que mi hija merece.

Lo más difícil de ser padres es enseñar a nuestros hijos a vivir sin nosotros. Leí esta frase hace algunos años, en una novela maravillosa de una autora norteamericana, Nicole Krauss, cuyo título es *Historia del amor*. Entonces, al leerla, aún no era madre y ya me impactó, y desde que mi hija nació, ha vuelto a mi cabeza una y otra vez. ¿Sabré hacerlo? ¿Sabré enseñarla a ser una mujer libre, valiente, independiente, segura de su fuerza y de su debilidad? ¿Seré capaz de dejar que crezca, que se forme, que tome decisiones, que acierte, que se equivoque?

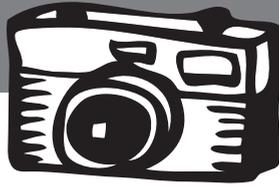
Leer *Pelemos o negociamos*, de Betina Lubochiner y Silvio Gutman, ha supuesto para mí una revelación similar a la lectura de aquella frase que les acabo de mencionar. ¿Por qué? Porque puede que no lo sea. Puede que no sepa comprender que mi hija crecerá y yo seguiré tratándola como una niña. Puede que algún día el payaso no se llame Peter y que el dolor no se evapore tras unas horas de sueño. Puede que no me alcance la memoria para recordar cómo me sentía yo a su edad y que, sin embargo, sí tenga presente al

bebé que acuné entre mis brazos y que, con esa imagen en la cabeza, no sea consciente de que los remedios que entonces sirvieron (mimos, cosquillas, tal vez un cuento) ya no sean válidos hoy. Puede que ninguna de las dos nos encontremos cómodas con el nuevo cuerpo de mi hija, o con su nuevo papel en el mundo, sin ser una niña todavía pero sin llegar tampoco a ser adulta. Puede que todo eso ocurra y no sepa conseguir que mi hija no fume si es que fuma, estudie si es que no estudia, que sea educada, que se dirija a nosotros con buenas palabras. Que me deje abrazarla y besarla y reñirla y decirle las cosas que tiene que hacer, como cuando era una niña.

Puede que no sepa. Pero podré aprender. Podré aprender a no pelear. Podré aprender a negociar. Y sabré enseñar a mi hija a vivir sin mí. Como todos los que leen este libro atrevido, políticamente incorrecto, audaz y, sobre todo, imprescindible para todos quienes queremos aprender a ser mejores padres. Y mejores personas también. Porque como bien dijo el compositor Gustav Mahler: «No hay más que una educación, y es el ejemplo».

CARMEN AMORAGA





# *Introducción*

## *Nuestra mirada personal*

Ya son muchos los años que llevamos trabajando el tema de la adolescencia, y lo hemos hecho no solo como psicólogos, sino también como padres. Nosotros hemos sido de aquellos padres que lo quieren saber todo sobre el mundo adolescente, por lo que hemos asistido a multitud de talleres para conocer la receta del éxito en la educación de los hijos. Lo que encontramos, sin embargo, fueron charlas largas, serias y respetuosas que, según nuestra forma de ver el mundo, resultaban aburridas y que, además, al finalizar, tan solo nos suscitaban pensamientos del tipo «pero al final no le he preguntado lo que necesitaba» en vez de soluciones para hacer frente a los «problemas» con nuestro adolescente.

Es por esto que un día decidimos dejar de lado por un momento el papel de padres quietos y silenciosos que participaban en talleres que no dejaban más que dudas, y decidimos emprender una aventura nueva; una aventura, esta vez, como padres y como psicólogos. Para ello nos propusimos plantear un taller diferente, más dinámico, con más espacio para escuchar las preguntas de padres y madres que, como nosotros, necesitan expresar sus experiencias y compartirlas.

Y es que a la hora de tomar esta decisión nos preguntamos: ¿Y por qué no planteamos un taller donde todos los padres y madres seamos una sola voz que contenga los mismos miedos, las mismas dudas, la misma sensación de no saber qué hacer en el momento adecuado? ¿Por qué no compartir junto a otros padres nuestra experiencia de tener un adolescente en casa, un pedazo de grandullón o grandu-

llona que antes fue «nuestro bebé» y que ahora es un adulto en un envase nuevo? Tal vez sería una buena idea compartir información profesional de una manera más dinámica, más cercana y poder mezclarla con las emociones, miedos y preocupaciones que compartimos con otros padres.

Y así fue. Convencidos de la necesidad de un taller de este tipo que diese voz a los padres con hijos adolescentes, nos embarcamos en este proyecto que, desde los inicios, tuvo muy buena acogida y sirvió como válvula de escape para los padres y madres que tenían preguntas sobre sus hijos, preocupaciones y deseaban compartir sus experiencias de la mano de otras personas que se sentían de la misma manera.

Aquello fue el inicio y a día de hoy podemos constatar que nuestros talleres han dado sus frutos. Llevamos casi veinte años sentándonos al lado de los padres, mirando a la cara a cada uno de ellos que llega con el mismo gesto de gran incógnita y siempre con la pregunta del millón en la punta de la lengua: ¿Y ahora qué hago con mi hijo adolescente? ¿Voy a discutir con él toda la vida? Y si él no cambia... ¿yo qué hago?

Y a pesar de que han pasado años, muchos años, los comentarios sobre los hijos se repiten, las sensaciones de los padres son las mismas, sus sentimientos no cambian. «Vivo en una eterna guerra con mi hija», nos dijo una vez una madre. «¿Qué hago? Peleamos todo el tiempo y no llegamos a ninguna solución».

A partir de este comentario surgió el título de este libro y el de nuestro taller para padres y madres de adolescentes: *¿Peleamos o negociamos?*

En efecto, este libro recoge todas las experiencias, ejemplos, dudas, preguntas, respuestas, etc., que hemos ido recogiendo a lo largo de nuestra larga trayectoria y que consideramos que es necesario que los padres tengan a mano para poder leer con calma y consultar cuando lo consideren necesario. Además de esto, este libro también da cuenta del amor por los hijos que hemos encontrado en todos los talleres y en todos los corazones de cada uno de los padres y madres que han compartido sus experiencias con nosotros. Así pues, esperamos que los lectores también encuentren en estas páginas la forma de mantener vivo el amor por sus hijos.

